

sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijon, ni de réuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hizolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar, ni atender á darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

---



---

 CAPÍTULO XIX.

*De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.*

**P**ARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino (1) ó como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto, que por

---

 (1) Yelmo de Mambrino.

la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dixo Don Quixote: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage, y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué, que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, á una ó dos

leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo, pues desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, viéron que por el mesmo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quixote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuviéron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y viéron, que las lumbres se iban acercando á ellos, y miéntras más se llegaban, mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quixote, el qual animándose un poco, dixo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo. ¿adonde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra

vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir (r) mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dixo Sancho, ¿que aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó Don Quixote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbreras que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el qual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de quartana, y creció mas el batir y dentellear, quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los quales venia una litera cubierta de luto, á la qual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas: que bien vieron que no eran

caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baxa y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal des poblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en quanto á Don Quixote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al qual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada, y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habian de pasar, y quando los vió cerca, alzó la voz y dixo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois, de donde venis, adonde vais, que es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa,

ó bien para castigaros del mal que fecístes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficiéron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta léjos y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis, y picando la mula, pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quixote, y travando del freno dixo: deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar (1) á Don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas, era cosa de ver, con la presteza que los acometia y desbarataba: que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente

(1) Injuriar.

medrosa y sin armas, y así con facilidad, en un momento dexáron la refriega, y comenzáron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimesmo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobs, no se podian mover, así que muy á su salvo Don Quixote los apaleó á todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado, porque todos pensáron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegándose á él, le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, si no que le mataria, á lo qual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero christiano, que no me mate, que cometerá un gran sacri-

legio, que soy Licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quien diablos os ha traído aquí, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quien, señor? replicó el caído: mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, si no me satisfacedis á todo quanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denantes dixé, que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller (1), y llámome Alonso Lopez: soy natural de Alcovéndas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once Sacerdotes, que son los que huyéron con las ha-

(1) No solo tenían entonces algunos la vanidad de llamarse licenciados, no siendo mas que bachilleres, y la de intitularse doctores, no siendo mas que maestros en artes; sino que otros se firmaban licenciados, no teniendo grado alguno. Dícelo el mismo Cervantes por boca del soldado, que hablando con su perro Gabilan le dice: *ea, Gabilan, salta por la pompa y aparato de Doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza Gallega que servia en Valdeastillas..... salta por el bachiller Pasillas, que se firma Licenciado sin tener grado alguno.* (Coloquio de los Perros) y lo confirma en la Novela de *El Licenciado Vidriera*. Otros se gloriaban falsamente de haber recibido grados de Condes Palatinos, como lo hizo uno de los interlocutores, que introduce el P. Pineda en los Diálogos de la Agricultura Cristiana. *Yo cursé, dice*

chas: vamos á la ciudad de Segovia, acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quien le mató? preguntó Don Quixote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le diéron, respondió el Bachiller. Desafortunadamente, dixo Don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera, si á mí mesmo me matara: y quiero que sepa vues-

*Philotimo, primero bien en Teologia, y oponiendome á beneficios, nunca me dieron alguno, y moria de hambre, y por remediarme cursé otros tres años en Medicina has'a graduarme de bachiller, y por no tener caudal para la costa del licenciamiento, quiso Dios que topé con un conde Palatino, tan hambriento como yo, en la venta de la Palomera, y convidóme á un lomo costil y á una bota de vino de Robledo de Chavela, y allí me graduó de licenciado delante de los venteros, y de dos recueros, y tocaron la campana, que tienen en la chimenea para llamar con ella á los descarrados en tiempo de nieve (Dialogo I, f. 2, b.) Alguno de estos abusos no se ha remediado todavia.*

tra Reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dixo el Bachiller, pues à mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dexándome una pierna quebrada, la qual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dexarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió Don Quixote, suceden de un mesmo modo: el daño estuvo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices (o) con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera, que érades los mesmos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico á vues-

tra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo Don Quixote: ¿y hasta quando aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbaliando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y cogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha, y Don Quixote le dixo, que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dexar de haberle hecho. Díxole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la Triste Figura*. Con

esto se fué el Bachiller, y Don Quixote preguntó á Sancho, que ¿que le habia movido á llamarle *El Caballero de la Triste Figura* mas entónces que nunca? Yo se lo diré, respondió Sancho: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá, que jamas he visto: y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió Don Quixote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido, que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: qual se llamaba *El de la Ardiente Espada*, qual *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del ave Fénix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra: y así digo, que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamas *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en ade-

lante, y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hacer pintar, quando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para que gastar tiempo (a) y dineros en hacer esa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *El de la Triste Figura*: y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo proposito de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díxole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: Si quis suadente diabolo* etc. aunque sé bien, que no puse las manos, sino este lanzon, quanto mas, que yo no pensé, que ofendia á Sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro, como católico y fiel christiano

que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo, y quando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Díaz quando quebró la silla del Embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero (1). En oyendo esto el Bachiller se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera, eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de

(1) Esta es una de las historietas que refiere el vulgo de Rodrigo Díaz, natural de Bivar, llamado comunmente el Cid, ó el Señor, titulo adoptado de los moros. Cuéntase en el 21 de sus Romances, en que se dice:

*En la iglesia de San Pedro  
Don Rodrigo habia entrado,  
Do vido las siete sillas  
De siete Reyes cristianos,  
Y vio la del Rey de Francia  
Junto á la del Padre Santo,  
Y la del Rey su señor  
Un estado mas abaxo.  
Fuese á la del Rey de Francia,  
Con el pie la ha derribado.  
La silla era de marfil.*

todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y a buscar-nos, y nos diesen en que (s) entender: el jumento está como conviene, la montaña (r) cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de pies y, como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el qual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que

*Hechola ha quatro pedazos:  
Y tomó la de su Rey,  
Y subiola en lo mas alto.*

*El Papa quando lo supo  
Al Cid ha descomulgado.  
Sabiendolo el de Bivar  
Ante el Papa se ha postrado:  
Absolvedme, dixo, Papa,  
Si no, seraos mal contado.  
El Papa, padre piadoso,  
Respondio muy mesurado.  
Yo te absuelvo, Don Ruy Diaz,  
Yo te absuelvo de buen grado,  
Conque seas en mi Corte  
Muy cortes y mesurado.*



caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron, y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambreira que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dexan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué, que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

VARIANTES

## VARIANTES

### DE ESTE TOMO SEGUNDO.

*Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.*

(1) PRÓLOGO pág. xi. Se puede remediar con que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos. En donde la primera edicion de 1605 dice: *mesmo, asimesmo, ansimesmo*, la segunda de 1608 dice constantemente: *mismo, asimismo, ansimismo*, lo que se advierte aquí de una vez para evitar la repetición de notas sobre una misma cosa.

(2) Prólogo páge xxi. El *melancólico* se mueva á risa. *La segunda*: el *malencólico* se mueva á risa.

(3) En los versos pág. xxij. *Contarás las aventu-* *La segunda*: *cantarás las aventu-*

(a) Pág. 10. Unas armas que habian sido de sus bisabuelos. *La segunda*: unas armas que habian sido de sus *bisagüelos*.

(b) Pág. 14. Yo, Señora, soy el gigante Caraculiambro. *La segunda*: yo soy el gigante Caraculiambro.

(c) Pág. 20. Vió á las dos *destraidas* mozas. *La segunda*: vió á las dos *distraidas* mozas.

(d) Pág. 27. El pan *candeal*. *La segunda*: el pan *candial*.